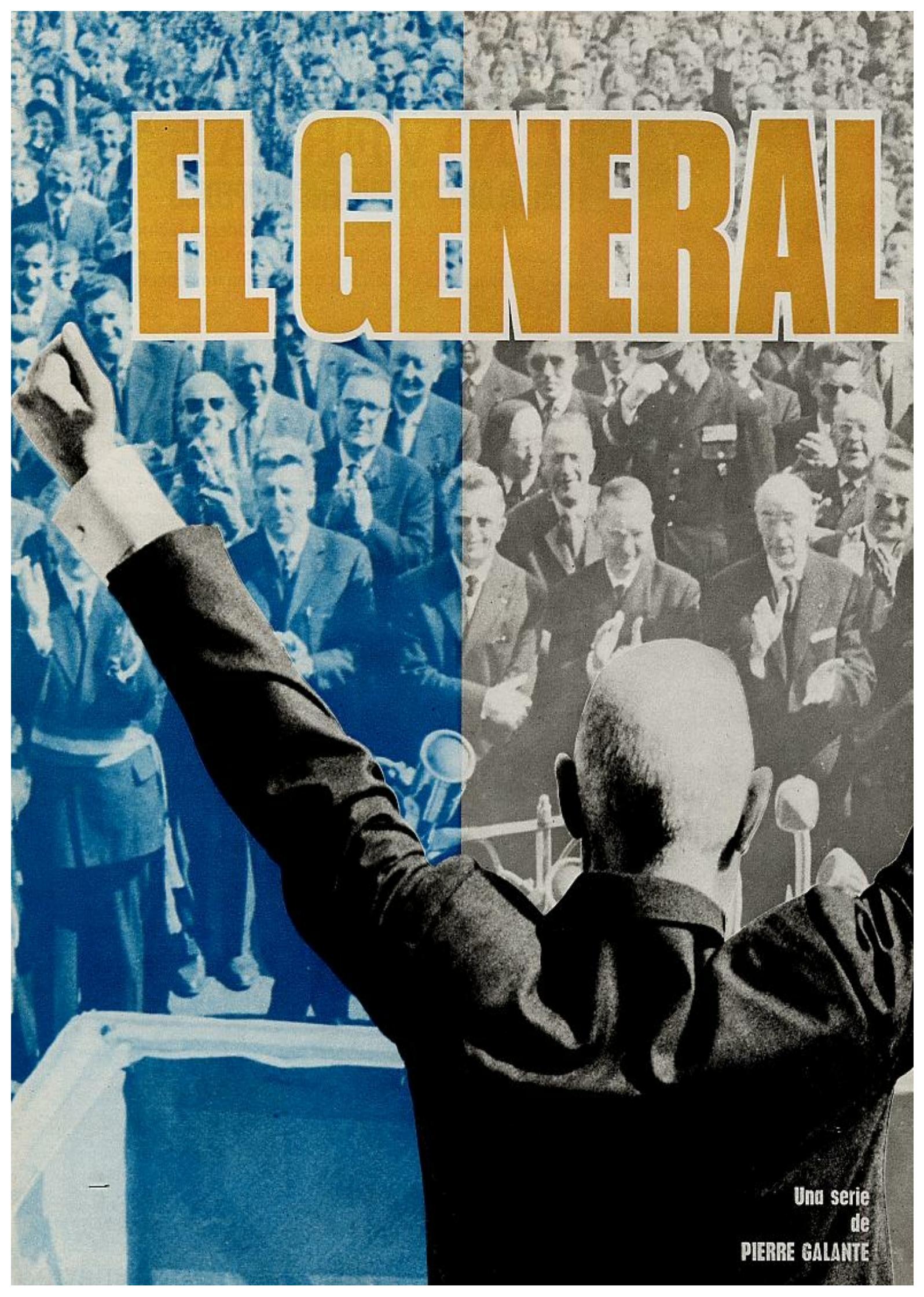
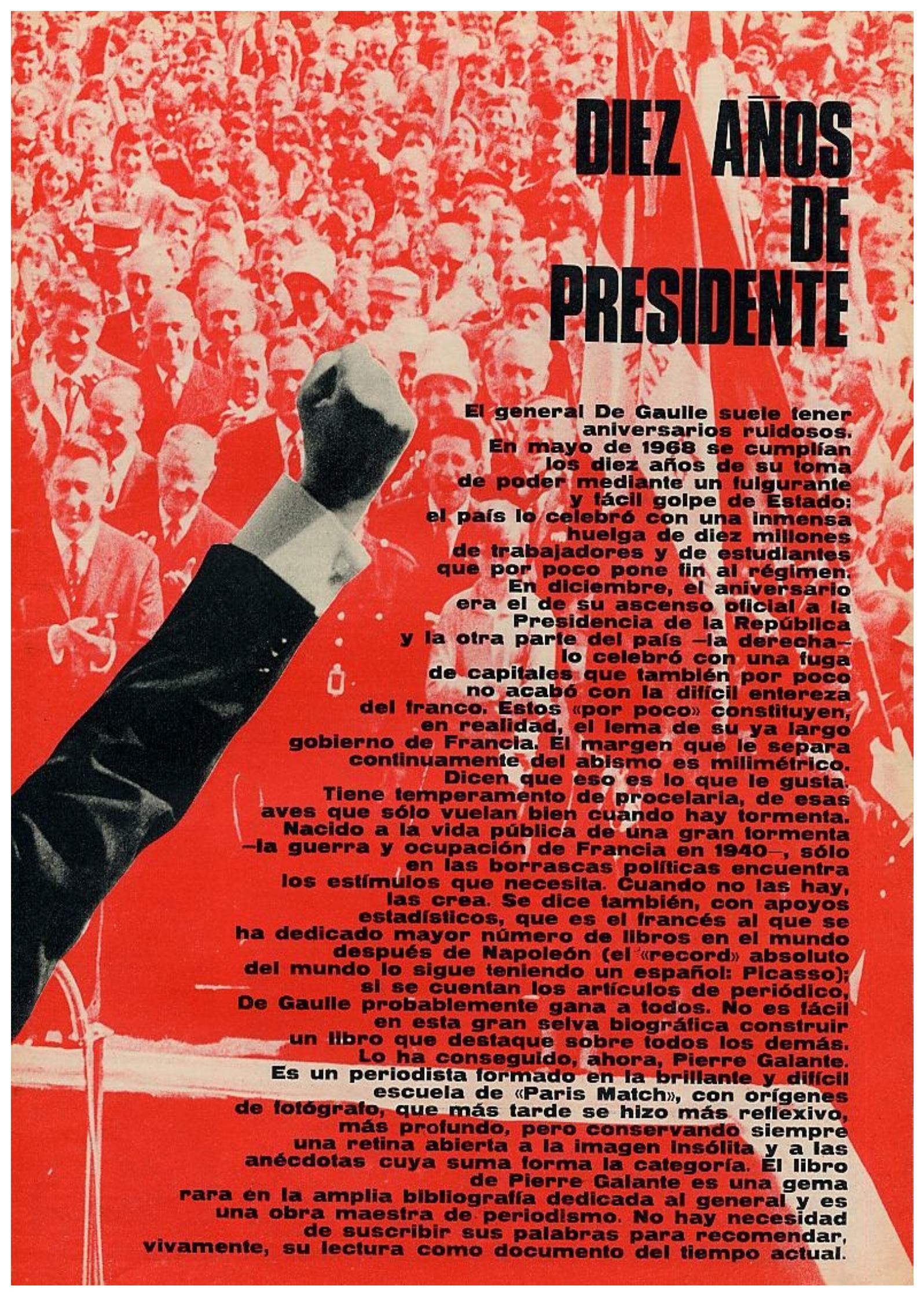


EL GENERAL



Una serie
de
PIERRE GALANTE

DIEZ AÑOS DE PRESIDENTE



El general De Gaulle suele tener aniversarios ruidosos. En mayo de 1968 se cumplían los diez años de su toma de poder mediante un fulgurante y fácil golpe de Estado; el país lo celebró con una inmensa huelga de diez millones de trabajadores y de estudiantes que por poco pone fin al régimen.

En diciembre, el aniversario era el de su ascenso oficial a la Presidencia de la República y la otra parte del país —la derecha— lo celebró con una fuga de capitales que también por poco no acabó con la difícil entereza del franco. Estos «por poco» constituyen, en realidad, el lema de su ya largo gobierno de Francia. El margen que le separa continuamente del abismo es milimétrico.

Dicen que eso es lo que le gusta. Tiene temperamento de procelaria, de esas aves que sólo vuelan bien cuando hay tormenta. Nacido a la vida pública de una gran tormenta —la guerra y ocupación de Francia en 1940—, sólo en las borrascas políticas encuentra los estímulos que necesita. Cuando no las hay, las crea. Se dice también, con apoyos estadísticos, que es el francés al que se ha dedicado mayor número de libros en el mundo después de Napoleón (el «record» absoluto del mundo lo sigue teniendo un español: Picasso); si se cuentan los artículos de periódico, De Gaulle probablemente gana a todos. No es fácil en esta gran selva biográfica construir un libro que destaque sobre todos los demás. Lo ha conseguido, ahora, Pierre Galante.

Es un periodista formado en la brillante y difícil escuela de «Paris Match», con orígenes de fotógrafo, que más tarde se hizo más reflexivo, más profundo, pero conservando siempre una retina abierta a la imagen insólita y a las anécdotas cuya suma forma la categoría. El libro de Pierre Galante es una gema rara en la amplia bibliografía dedicada al general y es una obra maestra de periodismo. No hay necesidad de suscribir sus palabras para recomendar, vivamente, su lectura como documento del tiempo actual.

EL GENERAL

Hacia Londres: junio 1940

El 18 de junio de 1940, en Locmène, en Morbihan, soldados, oficiales, y también sus familias, acampaban en promiscuidad en la plaza, ofreciendo a los pueblerinos el espectáculo de la derrota. Eran un poco más de las seis de la tarde.

De repente se vio venir corriendo, desde el fondo de la plaza, a un sacerdote que perdía el aliento y que, evidentemente, era portador de una gran noticia. Recuperando aliento, anunció:

—Acabo de oír en la radio de Londres algo extraordinario. Un general francés, del gobierno Reynaud, ha hablado. Ha dicho que no había que desesperar, que nada estaba perdido, que había que seguir luchando.

Una anciana enteramente vestida de negro, apoyada en el brazo de una muchacha, le escuchaba profundamente conmovida. Al final se irguió y, con un profundo orgullo, agarrando la sotana del sacerdote, dijo:

—Señor cura, yo conozco bien a ese general francés: es mi hijo.

Los asistentes, emocionados, permanecieron durante largo rato en silencio alrededor de la anciana, cuyos ojos brillaban. La víspera, el 17 de junio, el día había sido hermoso, aunque trágico. El trigo maduraba en los campos, pero, en lugar de segadoras, se veía llegar a los «panzer» alemanes. En las soleadas carreteras del Sur de Francia, en lugar de la avalancha de las vacaciones, se veía el horrible embotellamiento del éxodo y, en las playas del Norte, en lugar de bañistas, había chalupas de socorro. A pesar del cielo azul, la tormenta de la guerra estaba en todas partes. Sin embargo, en aquel cielo en el que los obuses formaban nubes blancas y los «stukas», aullando, picaban como buitres hambrientos, un pequeño avión seguía la costa del Atlántico. Era un «De Havilland 89-A Dragon Rapide», bimotor de 200 CV Gipsy Six, de la R. A. F. británica. Su velocidad de crucero era de 220 kilómetros por hora. Formaba parte del VIP Escuadrón 84, mandado por el Escuadrón-Líder Blenherhasset.

A bordo había tres pasajeros: el mayor general inglés sir Edward Spears, de cincuenta y cuatro años, amigo, protegido y representante oficial de Winston Churchill cerca del gobierno francés; un teniente francés de veintiocho años, Geoffroy de Courcel, joven diplomático de carrera, movilizado en Caballería, en los Spahis, y perteneciente al ejército Weygand de Levante, adjunto desde hacía unos días al gabinete del subsecretario de Estado para la Guerra. Y, finalmente, el subsecretario de Estado, el general Charles de Gaulle. El general Spears, que se había unido en Burdeos al general De Gaulle, en el momento de su vuelo con destino a Londres, había deseado que este avión de la última oportunidad transportase a Inglaterra a un pasajero más representativo, a un presidente, Albert Lebrun; a un presidente, Edouard Harriot; a un gran ministro como Georges Mandel, por lo menos...

Charles de Gaulle llevaba un uniforme caqui con cinturón, un alto mapi con hojas de roble, y en sus mangas había dos «...» las nuevecitas.

Dos estrellas que uno de los oficiales de su Estado Mayor, el capitán Charles Giron, en misión en París durante veinticuatro horas, no había tenido tiempo de conseguirle. Fue la hermana de Giron quien las compró al día siguiente en el «Bon Marché», el gran almacén de la orilla izquierda, y se las mandó por correo al frente. El ordenanza se las había cosido. Hacía de esto poco menos de un mes, y Charles de Gaulle, general de brigada a título provisional y para el tiempo que dure la guerra seguirá siéndolo siempre.

Tenía cuarenta y nueve años. En comparación con Geoffroy de Courcel era viejo. Pero era joven en comparación a los ochenta y cuatro años del



Lille. En esta casa nació el general De Gaulle el día 22 de noviembre de 1890.

Sus padres fueron Henri de Gaulle y Jeanne Maillot.

En 1905, al producirse En Francia la separación de Iglesia y Estado.

Henri de Gaulle estuvo de prefecto de estudios del colegio jesuita de la rue de Vaugiraud.

mariscal Philippe Pétain, que acababa de tomar el poder. Toda la vida de De Gaulle había sido, hasta ese momento, una larga preparación, como quien se prepara para el examen más difícil del mundo, para entrar en la Historia cuando llegara el momento. En la actualidad entraba en ella casi clandestinamente, a bordo de un avión de la R. A. F.

Mañana le acusarán de ser un general rebelde.

—Si me hubiera encontrado al frente de una brigada o de una división —dirá más tarde— no habría abandonado a mis soldados.

Pero todas sus tropas estaban formadas por el joven teniente diplomático que iba con él y todos sus aliados eran el general inglés, hombre de mundo, que se escondía en un rincón de la carlinga y a quien daría una foto con la siguiente dedicación: «Al general Spears, testigo, aliado, amigo», que sigue colgada en la

pared del despacho de Spears en Londres.

De Gaulle había dicho «no» aquella mañana a la perspectiva de armisticio del viejo mariscal, no en cuanto general, sino en cuanto subsecretario de Estado para la Guerra del gobierno Reynaud. Se había enterado de este nombramiento por la radio, en el frente. En efecto, Paul Reynaud había llamado a De Gaulle unos días antes a su ministerio, arrancándole al combate, en el que, solo con los tanques franceses, plantaba cara al diluvio de los «panzer» alemanes. Luego, el ministerio había capitulado, salvo él, que continuaba la lucha.

Dos jefes de Estado

Antes de la primera guerra mundial, De Gaulle, procedente de Saint-Cyr, había comenzado su carrera militar bajo las órdenes del coronel Pétain. Veintiocho años después, acababan juntos su carrera militar y empezaban su destino político: Pétain sería el jefe de Estado de la Francia ocupada por los alemanes; De Gaulle, el de la Francia combatiente.

El espectáculo de la renuncia repugnaba a De Gaulle. Detestaba el desorden, el caos, la derrota. El general Weygand, bajo cuyas órdenes había servido, tiempo atrás, en Polonia, se había pasado al campo del abandono.

A primera hora de la tarde el pequeño avión se posaba en el indestructible césped inglés, en el aeródromo de Croydon. Nadie esperaba al general De Gaulle, puesto que ningún francés tenía noticia de su llegada, pero en cuanto a los ingleses no cabe duda de que los servicios del primer ministro habrían sido informados de la partida de Burdeos del avión de Churchill. Sin embargo, nadie se había molestado en ir a saludar a un general francés, subsecretario de Estado de un ministerio desfalleciente.

«El general Spears había alertado a sus servicios —cuenta Geoffroy de Courcel— y tuvimos un coche que nos condujo a los tres al Real Automóvil Club, donde comimos hacia las dos de la tarde».

«Fui inmediatamente a exponer mis intenciones a Winston Churchill —ha escrito De Gaulle—. Me prestó inmediatamente apoyo y, para empezar, puso la BBC a mi disposición. Quedamos de acuerdo en que yo la utilizaría cuando el gobierno Pétain hubiera pedido el armisticio. Ahora bien, la misma noche nos enteramos de que lo había hecho».

Por su parte, el general Spears fue más tarde a dar cuenta a su primer ministro de su dramática estancia en Francia.

Un nombre como un trompetazo

El general Spears describió en pocas palabras el trágico espectáculo de Burdeos. No quedaba elección. No podía hacerse más que lo que se hizo. Pero Churchill, que llevaba sobre sus espaldas todo el peso de la responsabilidad de la guerra, había deseado

tener a su lado, por grande que fuera su estimación del general De Gaulle a alguien más representativo —políticamente— que un subsecretario de Estado.

Spears no estaba tan seguro. «Si tuviéramos a nuestro lado a un líder de la derecha francesa —dijo a Churchill—, toda la izquierda, en Francia, lo tomaría como pretexto para retirarse del combate. La derecha haría lo mismo si tuviéramos a un político de izquierda. Vale más un desconocido de categoría».

Winston se puso a refunfunar, a gruñir, siguiendo con su idea y su esperanza de que fuera a Inglaterra un político importante. Apreciaba mucho a Georges Mandel, por ejemplo, en quien veía a un sucesor de Clemenceau.

Spears aprobó: «Mandel es, desde luego, el francés más válido de Burdeos».

Pero en seguida volvió a hablar del general de dos estrellas, puesto que no había otro y éste tenía el mérito de encontrarse en Londres en aquel momento.

«De Gaulle es un militar decidido a ganar la guerra a cualquier precio. Creo que es el hombre que buscamos. Tiene un gran nombre...».

«¿Un gran nombre? —preguntó sir Winston, intrigado».

«Un nombre —dijo Spears— que resuena como un trompetazo».

Churchill hundió un poco más la cabeza entre los hombros y ya no dijo nada.

“El primer día de lucha”

El orden del día de aquel «Primer día de la lucha del pueblo francés por su Liberación» (tal era la fórmula que Jacques Duchêne —Michel Saint Denis— repetiría cada noche, durante cuatro años, en la radio de Londres) era tan pobre como el despacho. El general pedía que se limitaran los gastos a lo estrictamente necesario, que se tomaran pocos taxis y que los franceses que se considerasen unidos a él llevaran una vida digna y modesta. En cuanto a él, no tendría vehículo alguno.

La primera carta que el general iba a recibir de Francia, a raíz de su llamada, no llegaría hasta primeros de julio. Fue enviada por una mujer del pueblo de Abondance, en Haute-Savoie, en la orilla del Sur del Lemán. Esta mujer decía que era viuda de guerra, que tenía dos hijos mayores y que éstos estaban dispuestos a proseguir la lucha a su lado.

La carta había sido echada al correo en Suiza.

El 19 de junio el general leyó en el «Times» el texto, en inglés, de su llamada de la víspera por la noche. Las palabras impresas tenían aún más fuerza que pronunciadas.

Se imaginaba lo que muchos iban a decir de él al conocer aquel texto orgulloso y provocador. Los hombres políticos vociferarían: «No es más que rencor porque no le han hecho ministro del nuevo gobierno». El viejo mariscal diría: «Es indisciplina. Siempre ha sido un indisciplinado. Ya en Saint-Cyr y en la Escuela de Guerra...» (El «dossier» del capitán De Gaulle durante su estancia en la Escuela de



DE GAULLE Y "LOS BANDIDOS"

El general omite en sus "Memorias" incidentes nimios que pertenecen a la pequeña historia, pero que crean entre un hijo y su madre un vínculo eterno.

Tenia entonces catorce años. Había participado, sin que sus padres lo supieran, en un concurso literario organizado por una revista juvenil, y que consistía en escribir una obra teatral de un acto en verso. Compuso un sainete titulado "Los bandidos". Un viajero, perdido en la selva por la noche, se encuentra con un bandido. Este se presenta y cuenta su vida de aventuras, de rapiña y de miseria. "¡Oh! Fue un combate terrible, horrible, feo, grande, gigante, furioso, espantoso". "Era el caos monstruoso, sin gracia, horrible, fofo". "De un bandido sublevado contra un hombre con bicornio (gendarme)".

En el transcurso de este combate, el bandido pierde las plumas de su sombrero...

"Ahora bien, privado de su tocado, mi sombrero se hizo triste... Quedaba sobre mi cabeza, recto —los grandes dolores son mudos—, orgulloso, grande, desafiando a la suerte..."

"La de las armas es una profesión que hace derramar muchas lágrimas".

El joven Charles de Gaulle ganó el primer Premio, consistente, según decía la carta, en una suma de 25 francos o la edición de cincuenta ejemplares de la obra, a elegir. Como no había dicho nada a sus padres no se atrevió a coger el dinero. Prefirió ser editado. Pronto recibió un paquete con los cincuenta ejemplares de "Los bandidos". Lo escondió cuidadosamente en el fondo de su armario. Eso era, por lo menos, lo que él creía, pero una noche, con gran sorpresa, se encontró a su madre leyendo el sainete. ¿Iría a reñirle? Su padre le había reprochado ya severamente el que escribiera poemas en vez de dedicarse a sus deberes y sus lecciones, y había amenazado con romperse los. Su madre se acercó a él: "Está muy bien", le dijo sencillamente.



En uniforme de la escuela especial militar de Saint-Cyr, 1910-1911. El joven Charles de Gaulle decidió su vocación militar con ayuda de su padre. De Gaulle ha dicho que aplicó a ella la definición de Alfredo de Vigny: «La servitude et la grandeur». El año 1912, ya como subteniente, De Gaulle formaría parte del regimiento de Arrás, mandado por el entonces coronel Philippe Pétain.

EL GENERAL



De Gaulle y el presidente Lebrun.

En 1934, De Gaulle fue ascendido a teniente coronel y publica un libro «Hacia un ejército profesional», que causa impresión en los medios militares. En 1937, es ascendido a coronel, y toma el mando de un regimiento de tanques, que lleva el emblema de la cruz de Lorena.

Teórico del ejército blindado —que Guderian llevaría a la práctica en Alemania— sus ideas no fueron aceptadas. Leon Blum dijo: «Si el sistema de De Gaulle hubiera prevalecido, Francia habría tenido dos años de adelanto en lugar de cuatro de retraso».

Guerra terminaba con esta observación de sus superiores: Oficial brillante, pero que no tiene sentido de la realidad. Quiere mi puesto. Tiene los dientes demasiado largos». En el extranjero se decía: «Se tiene por Juana de Arco». Y todavía habría cosas peores. Se constituiría un tribunal para condenarle a muerte.

La legitimidad republicana

Este era el nudo del drama. Uno de los «leit-motivs» de De Gaulle sería, más tarde, el de su legitimidad.

El último gobierno de la República francesa era el gobierno Paul Reynaud, ya que había sido investido libremente por el Parlamento, es decir, por el propio pueblo.

«No ha ganado usted más que por un voto —le había dicho a Reynaud—, pero tiene usted que defender el honor y el deber nacionales. Su declaración ministerial debe ser un orden del día».

Todo lo que pudiera ocurrir después, bajo la presión del enemigo que ocupaba la patria, estaba de antemano tachado de ilegitimidad. Ahora bien, el general De Gaulle era el último ministro «en pie» del gobierno Reynaud, y, en consecuencia, el último representante de la legitimidad. A este título, y sólo a este título, se encontraba en Londres, de acuerdo con la alianza suscrita por los dos países. Ante sí mismo no era un general desobediente, sino, por el contrario, un ministro fiel.

Más tarde, un hombre político francés, profesor de Derecho y socialista,

André Philip, se unió a De Gaulle en Londres. Al entrar en el despacho del general, André Philip, dijo: «Ha venido a unirme a la legitimidad republicana». Entonces, De Gaulle, que, sin embargo, nunca ha sido expansivo, se levantó como movido por un resorte y fue a estrechar a André Philip en sus brazos: «Esta es la frase —dijo— que esperaba desde el dieciocho de junio». Pero aquella mañana del 19 de junio de 1940, De Gaulle aún se sentía muy solo. Su certidumbre de encontrarse en el buen camino era puramente interior.

«Tía Yvonne»

En los años anteriores a 1914 era de buen tono estar suscrito a una revista literaria que arbitraba el gusto y las costumbres de la burguesía francesa: «Les Annales». La directora se llamaba Yvonne Sarcey y tenía a su cargo la sección de las lectoras, que firmaba «Tía Yvonne».

La esposa del general, nacida Yvonne Vendroux, se ha convertido, primero para los suyos y luego para todos los franceses, en «Tía Yvonne», imagen del «Hada del Hogar» de la buena época, discreta y eficaz. Ha optado por el segundo puesto al lado de su marido y se ha mantenido en él, nunca demasiado en primer término ni nunca, tampoco, demasiado a la retaguardia. Desde 1921 ocupa, sin la más ligera crisis, el ministerio del «sentido común». Pero, lo mismo que Sancho Panza, a pesar de toda su sabiduría, acompañaba a su buen dueño Don Quijote al asalto a los molinos de viento, ella, con una fidelidad sin vacilaciones, ha compartido las empresas más temerarias de su esposo. La más audaz fue la del 18 de junio de 1940. Una jornada que ha contado en la vida de los dos.

Viendo aproximarse la catástrofe, y sabiendo que Bretaña sería el último recurso, bien para resistir, bien para embarcarse, el general había aconsejado a su mujer que adelantara el veraneo de la familia y se fuera con todos los suyos a Finistère.

El 17 de junio de 1940, la señora de De Gaulle recibió en Carantec los pasaportes para abandonar Francia, enviados por Roland de Margerie, director del gabinete del ministro de Asuntos Exteriores, a petición de su marido.

El 18 de junio, los dos últimos barcos abandonaron Brest a las 13,20 y a las 21 horas. La señora de De Gaulle no podía esperar más: Decidió marcharse con sus hijos y el ama de llaves.

Como único equipaje llevaba un pequeño «cabés» negro al que llamaba, irónicamente, «la valija diplomática».

Su hermana, Suzanne Rerolle-Vendroux, que no tenía carnet de conducir, llevó a la familia a Brest al volante del «Renault Juvaquatre» de su marido, movilizado. El coche tuvo una avería. Perdieron el carguero de las 13,20 horas. Fue una suerte milagrosa, ya que el barco fue hundido y hubo muy pocos supervivientes.

Menos mal que, a las 21 horas, madame De Gaulle y su familia pudieron subir a un barco canadiense que, haciendo la travesía de noche y en zigzag, les dejó en Inglaterra, en Portsmouth.

Al desembarcar, todos los pasajeros fueron acogidos en un campo de se-

lección para proceder al control de su identidad. Madame De Gaulle se enteró por los periódicos del papel de su marido en Londres: «De Gaulle heads the free French» («De Gaulle a la cabeza de los franceses libres»). Pero no pudo telefonar hasta unos días más tarde, al salir del campo y después de haber buscado durante mucho tiempo el número de aquellos «free French».

El general estaba angustiado, ya que no tenía noticias. Fue Geoffroy de Courcel quien descolgó el teléfono. Mudo de sorpresa al reconocer la voz de madame De Gaulle, tendió el aparato al general sin decir palabra: «¡Ah! Ya estás aquí. Bien, querida, toma el primer tren para Londres. Te esperaré en la estación de Paddington. Tienes el tiempo justo».

Para De Gaulle, el Rubicón se ha llamado la Mancha. A través de la catástrofe, de los escombros, a pesar de las minas y de las bombas, ha logrado encontrarse con su mujer, sus tres hijos, Philippe, Elizabeth y Anne, y la fiel Mlle. Potel en la estación de Paddington.

Una noche, el gobierno británico envió un coche a De Gaulle para que le condujera a la BBC. Una señora cuyo automóvil había sido requisado, lo mismo que los demás, y que se había enrolado en el ejército como chófer de su propio vehículo, fue a buscar al general al volante de su cupé «Daimler» rojo. Cuando apareció el general, le preguntó: «¿Quiere sentarse a mi lado? Estará más cómodo. Detrás hay poco sitio». «Se lo agradezco —contestó De Gaulle—. Prefiero sentarme atrás». Antes de ir a la BBC, De Gaulle fue a buscar al general Spears a su oficina, al número 164 de Saint Stephen's House. En cuanto vio el coche, Spears se acercó a la señora que estaba al volante y le dijo: «Lesley, ¿qué hace usted aquí?». Y luego, volviéndose al general De Gaulle: «¿Sabe que lleva al volante a la mujer de un ministro, la baronesa Jowitt, esposa de nuestro "Pay-Master general"?».

A lo cual De Gaulle, muy lejos en esos momentos de las cosas mundanas, no respondió nada.

Durante el trayecto hacia la BBC, el general salió una vez de su mutismo. Fue para hacer a la baronesa Jowitt una pregunta que la hizo sobresaltarse. «Entonces, ¿Inglaterra va a aguantar?». «¡Claro! —dijo ella. Preferiríamos morir. Pero no habrá caso».

René Cassin: "Nosotros somos el ejército francés"

El 29 de junio, René Cassin, profesor de Derecho Internacional en el Tribunal de La Haya y en el Instituto de Ginebra, se presentó en casa del general De Gaulle para ofrecerle sus servicios, especialmente en lo que se refería a problemas de orden jurídico.

El general le dijo: «Cae usted bien». Y le expuso inmediatamente los tres temas de su acción:

- 1.—Proseguir la lucha al lado de los aliados.
- 2.—Mantener Francia.
- 3.—Desolidarizarse de toda la acción de Vichy.

El general De Gaulle ante los micrófonos de los invasores alemanes. El general y el director de la emisora. Una p...

A TOUS LES FRANÇAIS

La France a perdu son destin.
Née la France a pas perdu la guerre!
Des gouvernements de réaction ont pu capituler, cedant a la panique, exhibant l'honneur, livrant le pays a la servitude. Cependant, rien n'est perdu!
Rien n'est perdu, parce que cette guerre est une guerre mondiale. Dans l'univers libre des forces invincibles il y a pas encore dormi. Un jour, ces forces écrasantes l'emporteront. Et fait que la France, ce jour-la, soit presente a la victoire. Alors, elle retrouvera sa liberte et sa grandeur. Tel est mon but, mon seul but!
Veux pourquoi je convie tous les Français, ou qu'ils se trouvent, a venir a moi dans l'action, dans le sacrifice et dans l'esperance.

Notre patrie est en peril de mort.
Luttons tous pour la sauver!

VIVE LA FRANCE !

GENERAL DE GAULLE



fonos de la BBC el día 18 de junio de 1940. Desde allí, dirigió su famosa llamada «A todos los franceses», convocándolos a continuar la lucha contra vivía entonces en Seamore Place y desde allí fue en taxi a la BBC acompañado de su ayudante. En la puerta le recibieron el general inglés Spears eriodista anglosajona le describe así en un periódico: «He visto un hombre muy alto, andando a zancadas con unas botas muy lustrosas».

La proclama del general De Gaulle, desde Londres, el 18 de junio de 1940:

«A TODOS LOS FRANCESES.—¡Francia ha perdido una batalla! ¡Pero Francia no ha perdido la guerra! Cediendo al pánico, olvidando el honor, entregando al país a la sumisión, unos gobernantes de fortuna han podido capitular. Nada se ha perdido, porque esta guerra es una guerra mundial. En el universo libre, fuerzas inmensas esperan entrar en juego. Un día, estas fuerzas aplastarán al enemigo. Es preciso que ese día Francia esté presente en la victoria. Francia recuperará entonces su libertad y su grandeza. ¡Este es mi objetivo, mi único objetivo! Invito por ello a todos los franceses, dondequiera que se hallen, a unirse conmigo en la acción, en el sacrificio y en la esperanza. Nuestra patria está en peligro de muerte. ¡Luchemos para salvarla! ¡VIVA FRANCIA!—GENERAL DE GAULLE».

En el transcurso de la conversación, el general insistió fuertemente sobre la prosecución de la lucha.

Evocando la posición de los franceses que se encontraban en Inglaterra, René Cassin dijo entonces: «Nosotros somos el ejército francés».

Y De Gaulle replicó inmediatamente: «Nosotros somos Francia».

La "ingratitude" del general

Pronto esta fórmula se convertiría en una realidad fundada en el derecho. El 8 de agosto se firmó un acuerdo entre el gobierno británico y el general De Gaulle, en virtud del cual, después de la guerra, Francia devolvería íntegramente todos los gastos, milita-

res o no, efectuados por los servicios de De Gaulle.

Cuando el general solicitaba material diverso, lo hacía en virtud de este acuerdo. Lo que recibía de los ingleses no era, pues, ni un favor ni una limosna. Cuando le hacían esperar demasiado estaba en su derecho de manifestar su mal humor, de gritar. «Quiénes condenaban la llamada ingratitud del general hacia los británicos —dice Geoffroy de Courcel— no supieron o no quisieron tener en cuenta la lógica de su razonamiento, ni de su absoluta devoción a la Causa común».

El general llegaba siempre a su despacho a las nueve y media. En su mesa de trabajo, muy sencilla, bien ordenada, había un solo adorno, un trozo de granito bretón llevado por los pescadores de la isla de Sein y que servía de pisapapeles. De Gaulle lo redactaba todo: discursos, notas, cartas, y así sigue haciéndolo. Siem-

pre utiliza una pluma estilográfica. Hasta el último minuto rectificó y corrigió de su propia mano los términos de su acuerdo con Churchill de 8 de agosto de 1940.

Respetuoso con el racionamiento, comía «a la inglesa». En compensación se permitía luego un buen café y, frecuentemente, una copa de coñac y un puro habano, su único lujo. Gran fumador, había empezado fumando, hasta el agotamiento, «Troupes» del ejército francés. Luego se había acostumbrado a los «Player's» ingleses. Durante los consejos, para que no tuviese que estar sacando cigarrillos del paquete, se los colocaban delante en montón, y encendía uno con otro. También había empezado a gustarle el té. Bebía varias tazas por día. El té de las 4 era un rito.

Después del hotel Rembrandt, fue a vivir a Grosvenor House, y luego al hotel Connaught. Le gustaba comer en el Connaught, y esto le descansaba. Como las camareras eran, en su mayoría, viejas y más bien caricaturescas, el general, medio en serio, medio en broma, decía a sus invitados: «Seguro que son agentes del Intelligence Service disfrazados de solteronas y colocados aquí para vigilarme».

La vida de guarnición de los franceses libres tenía también sus pequeños escándalos. Un día, De Gaulle recibió una queja oficial de los ingleses. Uno de sus jóvenes oficiales de Estado Mayor había sido cogido en flagrante delito por el marido, oficial de la Royal Navy, vuelto de improviso a Londres. De Gaulle convocó a su jefe de Estado Mayor. «¿Es que es posible ser tan tonto? Vamos, Billotte, ¿cuando usted pone los cuernos a un marido, se deja atrapar?». De Gaulle pidió a Billotte que trasladara al oficial. «Sea indulgente, mi general». «Vamos, Billotte —dijo el general—, ¿cómo quiere que siga con un ayudante de campo que se deja coger?».

Estamos en 1934. Charles de Gaulle es ascendido a teniente coronel. Publica «Hacia el ejército profesional». El libro impresiona. Vale a su autor una atención creciente. El coronel Emile Meyer, un hombre de ochenta y tres años, de fuerza intelectual aún deslumbrante, apoya y anima a De Gaulle, que encuentra junto a él a un nuevo amigo: Jean Auburtin, abogado.

El 5 de diciembre de 1934 le presenta a Paul Reynaud, que defenderá en la Cámara de Diputados las tesis militares de De Gaulle. Mucho más tarde, cuando le pregunten a Paul Reynaud a quién compararía a De Gaulle en la Historia, responderá: «A él mismo». Y Leon Blum dirá: «Si el sistema de De Gaulle hubiera prevalecido, Francia habría tenido por lo menos dos años de adelanto, en lugar de cuatro años de retraso, en la organización de las unidades motorizadas».

El estratega incomprendido

En 1937, el estratega incomprendido por la Defensa Nacional es ascendido a coronel. Teórico del ejército blindado, solicita y obtiene el mando del 507.º regimiento de tanques, en Metz, cuyo gobernador militar no es otro que el general Henri Giraud, al

que volverá a encontrar en su camino en Argel.

El emblema de su regimiento es la cruz de Lorena. Bajo este signo transformará su unidad en «panzer» modelo.

La vida en casa de los De Gaulle es una mezcla permanente, familiar, de grandeza y modestia. En Metz, el coronel De Gaulle cambiaba de guantes tres veces al día. Había seguido fiel a la tradición de los guantes blancos de Saint-Cyr. Su mujer los lavaba y los hacía secar en «manos» de madera destinadas a este uso. Había montones de «manos» blancas en la cocina, única habitación con buena calefacción.

El sueldo de oficial apenas permitía tener servicio, y De Gaulle jamás ha permitido que su ordenanza hiciera otra cosa que su oficio de soldado. El ordenanza sacaba brillo a las botas. Su mujer sacaba brillo al suelo en casa. Cuando llegó la Navidad hubo un hermoso árbol para los hijos de los oficiales y suboficiales del regimiento, pero los hijos del coronel apenas si tuvieron regalos aquel año.

Madame De Gaulle sabía que todo eso no eran «manías de militares», sino que respondía a una determinada manera de ser, y estaba de acuerdo. Cuando una amiga le recordó, en broma, su antigua decisión de no casarse nunca con un militar, respondió: «No se trata de un militar como los demás».

Su marido es un ser excepcional, y ella lo sabe. Está profundamente enamorada de él. Siempre le ha parecido normal sacrificarle sus gustos y su personalidad. Cuando fue jefe del gobierno provisional, le siguió; cuando se retiró a Colombey, se sintió feliz.

«Eso de la Francia libre está muy bien —les decía a sus amistades en su «cottage» de Kent—, pero siempre le gustarán los platos que yo hago y estará en casa el fin de semana».

Poco antes de su muerte, en 1962, madame Denquin recibió una carta de madame De Gaulle, que terminaba así: «Ni Charles ni yo hemos olvidado lo que usted hizo por nosotros en 1921».

«Van a lanzarme como a una pastilla de jabón»

Cuando la pequeña Anne volvió a ver a su padre en el muelle de la estación de Paddington tenía doce años. Andaba aún con dificultad y hablaba como un niño pequeño. En 1928, poco antes de nacer Anne, madame De Gaulle fue atropellada por un automóvil. No resultó herida, pero las consecuencias del accidente las sufriría la pequeña, que nació anormal. Anne murió en 1948, y los De Gaulle crearon una fundación, «Anne de Gaulle», para niños inadaptados. Como no contaban con grandes medios financieros madame De Gaulle animó a su marido a publicar el primer tomo de las Memorias, que, según parece, estaban destinadas a no publicarse hasta después de la muerte del general. Se sentía feliz en el seno de la familia, pero ésta debía alzar una muralla a su alrededor. Es por lo que se instaló en un «cottage» de la campiña inglesa. Primero en Potts Wood, en Kent, hasta octubre de 1940. Luego, en Ellesmere, en el condado de Shropshire.



Churchill y De Gaulle inspeccionan el frente de los Vosgos, el 11 de los franceses. De Gaulle era todavía casi un desconocido. Pero no habi

EL GENERAL



noviembre de 1944. Al producirse la derrota francesa en 1940, Churchill quería tener a su lado un personaje que fuera representativo, políticamente, otro. El general Spears le habló así: «De Gaulle es un militar decidido a ganar la guerra a cualquier precio. Creo que es el hombre que buscamos».



Yvonne Vendroux, esposa del general. Nació el 22 de mayo de 1900, en Calais. Para muchos franceses es «Tía Yvonne». Desde su casamiento en 1921 ocupa, sin la más ligera crisis, el ministerio del «sentido común» al lado de su marido. En junio de 1940, De Gaulle aconsejó a su mujer que marchara a Bretaña, que era la zona más apropiada para saltar a Inglaterra. Desde allí partió Yvonne con sus hijos y el ama de llaves en un barco que la llevó a Inglaterra, el mismo 18 de junio.

En 1941, en otoño, el general instaló a su familia en Roddinghead, cerca de Berkhamsted. Por fin, en 1942, en Hampstead, suburbio residencial de Londres. Los De Gaulle habitaban en el 85 de la calle Froggnall. Madame De Galle había plantado un rosal en el jardincito. Hace apenas unos meses hizo que telefonaran a los nuevos inquilinos, Mr. y Mrs. McPeake, para saber si el rosal seguía vivo. ¿Por qué cambiaba la familia De Gaulle tanto de residencia? Quizá porque se habían proferido amenazas de muerte contra el general y su familia, y se tenía un atentado.

Mientras tanto, la cantilena de Churchill al general Spears seguía siendo la misma: «De Gaulle no es conocido en el ámbito internacional. Hay que hacer que le conozcan». Spears dijo entonces el primer ministro: «Déme un poco de dinero, mil libras bastarán, y le garantizo que en menos de seis meses De Gaulle estará en los periódicos del mundo entero».

Churchill concedió un crédito de quinientas libras esterlinas.

Spears confió la misión a un agente de publicidad llamado Richmond Temple.

El general De Gaulle puso serias objeciones. No quería publicidad, sobre todo no quería fotos. Decía a su alrededor: «Van a lanzarme como una pastilla de jabón».

Le parecía, por otra parte, que este tipo de propaganda provocaría en Francia una reacción hostil.

Aversión a la prensa

En realidad, era tan poco conocido en Francia como entre los aliados. Sólo una mala fotografía suya circulaba entre los resistentes. Por fin, el jefe de los franceses se dejó convencer y, aunque de un humor de perros, aceptó recibir un domingo en su «cottage» a un fotógrafo enviado por Richmond Temple.

Las fotografías tomadas en esta ocasión muestran a un general De Gaulle que asombra por su juventud y su aire ardiente de ex alumno de Saint-Cyr. Su esposa aparecía a su lado como una hermosa mujer morena, sin maquillar, con el pelo recogido en un moño en la nuca. En aquella época todavía no se había cortado el pelo. Se ve a los De Gaulle sentados a la en-

trada de su «cottage». A madame De Gaulle, en la cocina. Al general, leyendo el periódico bajo la pérgola. La pareja, a los veinte años de matrimonio, da una excelente idea del amor conyugal. Pero hay algo que choca cuando se piensa que se trata de un reportaje de propaganda: no se ve a los niños. Y, sin embargo, podrían haberse hecho fotos estupendas de Philippe con su uniforme de cadete, de Elizabeth vestida de estudiante de Oxford. Sí, pero estaba Anne. Y De Gaulle, que no quería ni enseñarla, ni dar la impresión de esconderla si era la única que no figuraba en las fotos, se negó obstinadamente a dejarse «tomar» con sus hijos.

Este detalle es significativo. Explica, en parte, el divorcio entre De Gaulle y la prensa. En tanto que hombre político, De Gaulle temía por encima de todo el que pudiese explorarse su drama íntimo. Siempre temió que los fotógrafos pudiesen hacer una «sensación» de él. De modo que ha huido de los fotógrafos, en particular, y de los periodistas, en general. Esta «fobia» que experimentó durante los veinte años de la vida de Anne, la ha conservado, en parte, después de su muerte.

«Por otra parte —decía— nada pierdo con ello. La prensa siempre me ha villpendiado. Lean lo que escriben sobre mí, en 1943, los periódicos alemanes y los americanos y verán que, enemigos o aliados, no hay ninguna diferencia en la amabilidad».

1941: Mensaje de Navidad a los niños

La noche del 24 de diciembre de 1941, después de haber escrito un emocionante cuento de Navidad, hizo de él un discurso que pronunció ante la BBC. «¡Qué dicha, hijos míos, hablaros en esta Nochebuena! ¡Oh! Ya sé que en la actualidad no todo es alegre para los niños de Francia. Pero quiero, a pesar de todo, hablaros de orgullo, de gloria, de esperanza».

«Erase una vez Francia. Las naciones, ya lo sabéis, son como las damas, más o menos bellas, buenas y simpáticas. Pues bien, entre las señoras Naciones, ninguna ha sido nunca más bella, mejor ni más simpática que Nuestra Señora Francia. Pero Francia tiene una vecina brutal, astuta, celo-

sa: Alemania. Alemania, borracha de orgullo y de maldad, quiso un buen día reducir a la servidumbre a las naciones que la rodeaban. En el mes de agosto de 1941, pues, se lanzó al ataque».

«Pero Francia logró pararla en el Marne, y luego en Verdún».

«Otras grandes naciones, Inglaterra y después América, tuvieron tiempo, de este modo, de llegar para ayudar. Entonces, Alemania, cuyo territorio no fue invadido en absoluto, se hundió del todo. Se rindió al mariscal. Foch. Pidió perdón. Prometió, llorando, que no lo volvería a hacer. Le quedaban enormes ejércitos intactos, pero no se encontró ni un solo alemán, ni uno solo, que quisiera disparar un tiro después de la capitulación».

«Las naciones victoriosas se separaron para dedicarse a sus asuntos. Es lo que Alemania estaba esperando. Aprovechándose de esta ingenuidad se preparó para nuevas invasiones. Pronto se lanzó de nuevo sobre Francia. Y esta vez ganó la batalla».

«El enemigo y sus amigos pretenden que a nuestra nación le está bien empleado el haber sido vencida. Pero la nación francesa son vuestros papás, vuestras mamás, vuestros hermanos, vuestras hermanas. Vosotros sabéis bien, hijos míos, que ellos no son culpables. Si nuestro ejército fue vencido no fue, ni mucho menos, porque le faltaran valor ni disciplina. Fue porque le faltaban aviones y tanques. Ahora bien, en nuestra época todo se hace con máquinas y las victorias no pueden hacerse más que con los aviones, los tanques, los barcos, que son las máquinas de la guerra. Sólo que a pesar de esta derrota sigue habiendo tropas francesas, barcos de guerra y barcos mercantes franceses, escuadras francesas que siguen el combate. Incluso puedo decirlos que cada vez hay más y que en todo el mundo se habla de lo que están haciendo por la gloria de Francia».

«Pensad en ellos, rezad por ellos, porque hay, os lo aseguro, muy buenos y valientes soldados, marinos y aviadores, que tendrán historias muy poco corrientes que contaros cuando vuelvan a casa. Ahora bien, están seguros de volver como vencedores, ya que nuestros aliados los ingleses y los rusos, tienen ahora fuerzas muy poderosas, sin contar las que preparan nuestros aliados los americanos. Los alemanes ya no tienen tiempo de destruir todas estas fuerzas, porque ahora en Inglaterra, en Rusia, en América, se fabrican enormes cantidades de aviones, de tanques, de barcos. Veréis cómo un día toda esta mecánica aplasta a los alemanes desalentados y, a medida que ellos reculen en nuestro territorio, veréis alzarse de nuevo un gran ejército francés».

«Queridos niños de Francia, tenéis hambre porque el enemigo se come nuestro pan y nuestra carne. Tenéis frío porque el enemigo roba nuestra madera y nuestro carbón. Sufiris porque el enemigo os dice y os hace decir que sois hijos e hijas de vencidos. Pues bien. Yo voy a hacerlos una promesa, una promesa de Navidad. Queridos niños de Francia, pronto recibiréis una visita, la visita de la Victoria. Ya veréis lo bonito que va a ser. Ya veréis.» ■ P. G.

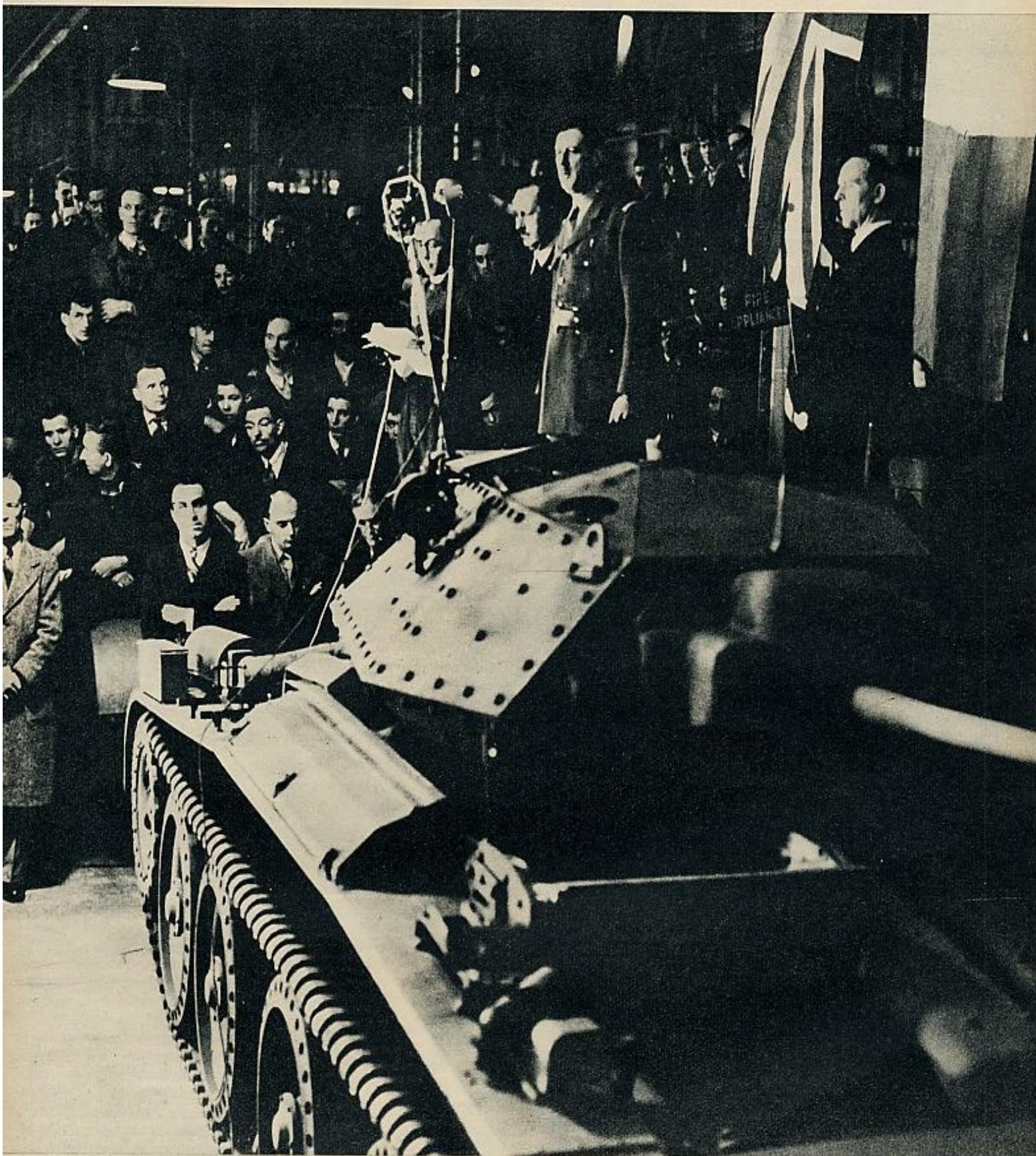
(Continuará.)

© 1969. Presses de la Cité—Laura Forestier—TRIUNFO.



Charles de Gaulle visita una fábrica las nueve y media e inmediatamente

EL GENERAL



...e carros de combate en Gran Bretaña, durante su estancia en Londres. El general llevaba allí una vida casi burocrática: llegaba a su despacho a las 8 y comenzaba a trabajar, redactando él mismo todos los discursos y notas de prensa con su pluma estilográfica. Trabajador infatigable...